

Descripción anónima del Perú y de Lima a principios del siglo XVII

COMPUESTA POR UN JUDIO PORTUGUES Y DIRIGIDA A LOS
ESTADOS DE HOLANDA

Por Don JOSE DE LA RIVA AGÜERO

No faltan por cierto descripciones de las diversas épocas del Virreinato peruano y de la Lima colonial, bastando recordar entre las generales de aquél la Primera Parte de la *Crónica*, de Cieza; la *Descripción y Población de las Indias*, de Fr. Reginaldo de Lizárraga; la *Historia del Nuevo Mundo*, del jesuíta Bernabé Cobo, y el *Viaje* del francés Frezier; y entre las particulares de Lima las de los franciscanos Buenaventura de Salinas en su *Memorial de Historias* y Diego de Córdoba en su crónica conventual, la del Dr. Montalvo, copiada por el dominicano Meléndez, y la del naturalista Haencke, publicada hace pocos años en el *Ateneo del Perú*. Pero una de las más ricas, sugestivas y pintorescas permanece inéditas en la Biblioteca Nacional de París, catalogada por el Sr. Morel-Fatio con el número 570 entre los manuscritos castellanos allí existentes. No ha sido aún, que sepamos, utilizada ni menos analizada por nadie. Lleva por título *Discrición general del Reyno / del Piru, en particular de Lima*. Es una esmerada copia, sin dedicatoria ni firma, en letra del siglo XVII y en un tomo empastado que al dorso dice con letras doradas *Discrisio de Lima*. Mide 185 mm. por 152. Tiene al principio 5 fojas en blanco; la relación se contiene en 235 numeradas; y a continuación, de la 237 hasta la 265, viene una *Memoria de todos los generos de mercadu / rias que son necessarias para el peru, y sin / ellas no pueden pasar porque no se fabrican / en la tierra . . .*

Fué el autor un portugués, como lo acreditan infinidad de palabras de aquel idioma y de formas y giros netamente lusitanos; y debió de ser judío, por el odio que manifiesta a la Inquisición, los frailes y la Iglesia, el completo silencio que en sus fórmulas y exclamaciones religiosas guarda acerca del Nombre de Cristo, algún recuerdo de la destrucción de Jerusalén por los romanos y el hebraico sabor de frases como éstas: "A honra y gloria del Señor del Mundo. . . Sólo Dios es firme, y sus cosas firmes y su palabra verdad. El nos encamine en todo lo bueno y nos aparte de todo lo malo. . . Y todo reino y gentes que al Señor no temen, no pueden dejar de tener mal fin, porque todas las cosas deste mundo llegan a sus términos limitados".

Dedúcese que escribió su relación en Holanda de que para narrar las incursiones del corsario Spielberg en las costas del Pacífico, dice: "Entraron por el estrecho de Magallanes *cinco navíos de estas tierras*". Se dirige al Gobierno de las Provincias Unidas, con propósitos a la vez mercantiles y militares, como lo indican las muchas noticias que da de las mercaderías, puertos, desembarcaderos, fuertes, armas, milicias, gente de guerra y posibles defensas de los territorios del Perú y sus anexos, y como lo declaran las palabras finales: "Con esto hemos concluido con nuestra historia de las Indias, a gloria y honra de Dios y *servicio de vuestras señorías a quien el se sirva de aumentar y hacer señores de grandes reinos y señoríos para su santo servicio y bien de vuestras señorías*".

Residió en Lima por más de quince años, empleado en una tienda de mercaderías, con salario de 9.000 reales, y casó con una criolla limeña, nieta del Dr. Franco, que en dote le trajo una huerta frente a la puerta del Cercado y al monasterio del Prado. Presenció en la villa de Ica, donde vivió de asiento algún tiempo, el terremoto de 26 de noviembre de 1605, y en Lima el de 19 de octubre de 1619. Sin duda que como infante miliciano en una de las compañías regladas de mercaderes, asistió al alarde general que hizo el Virrey Marqués de Montesclaros en la Plaza de Armas de Lima el año de 1615 y a la defensa del Callao el 22 de julio del mismo año contra la escuadra holandesa de Spielberg, quien fondeó a la vista del puerto después de haber derrotado en Cañete a la nave capitana de D. Rodrigo de Mendoza y de haber echado a pique a la almiranta mandada por D. Pedro de Pulgar.

Viajó mucho por el interior del país. Recorrió los caminos de Lima al Cuzco y Potosí; y parece testigo de vista en la descripción de los de Buenos Aires y Tucumán y las llanuras del Río de la Plata. En cambio, la de Chile es tan somera que es de creer que se funde en testimonios ajenos. A la ida o al regreso del Perú, tocó en Cartagena y la Habana, de que habla con muchas particularidades en los últimos capítulos.

Viene a ser así esta descripción, no sólo del Perú propiamente dicho, sino de mucha parte de las Indias Occidentales, porque fuera de Méjico, la América Central, Venezuela y el Brasil, de que no trata, todas las demás colonias americanas están incluídas en ella, y con interesantísimos pormenores acerca de su comercio, pobladores y producciones. La relación de Tierra firme y las ciudades de Portobelo y Panamá, que lógicamente debía estar al principio, se encuentra al fin, porque es grande la arbitrariedad y el desorden con que van dispuestas las materias.

El manuscrito comienza con elogios de las riquezas naturales del Perú: "El Piru Prouincia y Reyno Rico y poderoso donde se allan ricas minas de plata y oro y azogue y plomo y estaño y cobre: abastesida de todo genero de sustento tierra rica y abundante de ganado y todas suertes de sustentos y aues y pescados tierra templada y limpia de serpientes

y animales ponsoñosos y brauos tierra de muchas yeruas y cosas medicinales”.

Da luego idea general de las tres regiones, Costa o Los Llanos, Sierra y Montaña; y en seguida describe el itinerario del Callao a Panamá viniendo por el mar hasta Paita. En todo el viaje, hasta llegar al Callao, se invertían entonces de catorce a veinte días. Pasada la línea equinoccial, toca en Manta, *primero puerto y lugar del Perú*. Halla que tiene buen fondeadero. “A dos leguas por la tierra adentro está Portoviejo, villa donde a treinta casas de españoles, gente que posehe muchos ganados y pocos dineros”. En Guayaquil encuentra mucho contrato de mercaderías que van de Lima a Quito, buenas noticias de mercaderes, corte de maderas, construcción de naves y cultivos de Tabaco y zarzaparrilla. En Paita, el puerto es grande y espacioso, “limpio de ascollos y baxios, seguro de tempestades. Pueden en el caber y entrar quantas naues quisieren”. Piura “es lugar abierto y de poca traca”. En su comarcas se crían muchos ganados, yeguas, caballos, mulas, vacas, ovejas y cabras, muchas gallinas, y hay mucho trigo, maíz y otras cosas. A siete leguas del río de Piura está la Estancia del Negro; y luego por des poblados en que hay algunos bosques y muy poca agua, y esa salobre, se llega al pueblo de Olmos de los Arrieros.

Apartándose aquí de su camino, da muy breve noticia del interior que va de Cartagena a Quito, y habla del “*novo Reino de Granada*, donde llueve y hay grandes bosques y culebras que no fazen mal”; y de Quito, muy abundante de trigo y ganados, “ciudad grande y de bon trato. Fazen muchos paños, bayetas y zapatos de baqueta” para los negros. Habla muy poco de Loja, Jaén y Chachapoyas; y volviendo al camino de la Costa, pasa de Olmos de los Arrieros a Lambayeque, Jayanca y Ferreñafe, tierras de mucho algodón y buen corregimiento; y a la villa de Saña, poblada de españoles y la mejor y más rica de los Llanos, que tenía gran trato de todas suertes de mercaderías. Su puerto, malo y desabrigado, es Chérrepe. De Saña subía el camino para Cajamarca y la Sierra. Continuando el itinerario del litoral, pasa de Saña a Pueblo Nuevo; a Guadalupe, monasterio de frailes agustinos; a San Pedro de Llocí, que equivocadamente llama San Pedro de Mama (confundiéndolo con la localidad así denominada en las cercanías de Lima, a orillas del Rímac); y a Trujillo, “ciudad fertilisima y regalada, donde ay corregidor y obispo y monasterios de *fraires* y monjas y teatinos, y grandes casas de Caballeros y ricas tiendas de mercaderes”. El valle de Chicama es “el mejor y mas fértil que tienen todos los llanos”. En él había mucho trigo y harina e ingenios de azúcar, olivares de “aceituna mas gorda que la de Sevilla”, y algodón del cual se hacían los pábilos que se llevaban a Lima, a Potosí y a todos los asientos mineros, y los sacos en que se ponían las harinas que iban por mar a Panamá, Portobelo y otras partes. Se exportaba igualmente de aquí y de Saña para toda la Costa mucho azúcar y conservas. Trujillo tenía 1.500 vecinos españoles,

y muchos indios y negros para la labranza de los campos y el servicio en la ciudad. El río de Santa, "el más recio y mayor de los llanos", se pasaba en balsas "*feitas* de calabacos que llaman *mates*". La villa tenía hasta 70 casas de españoles y algunas de indios, y había negros esclavos en ella y en su campiña. Hacíase azúcar y se llevaba trigo a Lima, vendiéndose en mayor precio que el de los otros valles. Guambacho, Casma Alta y Casma Baja, eran lugares de indios; pero en las haciendas comarcanas vivían algunos españoles. En las quebradas próximas, hacia el interior, se hacía algún vino. Huarmey tenía algarrobos y abundancia de caballos, ganado de cerda y buen pescado.

Por la Sierra, de Cajamarca se bajaba a Huaylas, donde había obras de frazadas, bayetas y cordellates de colores, todo lo cual se llevaba a Lima para vestir a los negros.

De Huarmey el camino de Los Llanos seguía a La Barranca por catorce leguas. En este espacio, los parajes principales eran: el mal paso llamado Salto del Fraile; el gramadal Jagüey de las Zorras, sin agua y situado junto al mar, y el lindo río de Paramonguilla. Junto a la desembocadura de éste se ve una montaña alta con ruinas indias. "Y por todos estos valles y faldas de las montañas ay muchisimos lugares despoblados y cahidos del tiempo que los yndios eran señores de sus tierras". Cuando el río de La Barranca venía crecido, se pasaba cuatro leguas más arriba, por el ingenio de azúcar llamado de *Doña Bernarda*. De La Barranca se va a Supe, "donde se hazen lindos jarros que llevan a Lima". Allí junto "una casa de frailes agustinos con sus labranzas y muchas crias de ganados y muchos modos de frutos por todas suertes... Por todos estos rios arrimados a la sierra viuen muchos indios alegres y contentos, aunque los españoles los trahen muy oprimidos y sus doctrinantes les cogen todo su bien".

En Huaura había muchos y muy buenos ingenios de azúcar, y se cogía mucho trigo. La villa contaba 100 casas de españoles y bastantes más de indios. Trabajábanse las salinas "las más famosas y buenas que deue tener el mundo, que para todo él dizen que puede dar sal esta salina". De Huaura salen a Lima dos caminos: el de la orilla del mar y el de las lomas que va a las estancias de Chancayllo, donde hay agua, y a la villa de Chancay, que tenía 100 casas de españoles y muchas de indios, un puente de piedra sobre su río, y en los campos de su contorno azúcar, trigo, maíz, viñas, leñas, aves y ganados. De aquí, por la Sierra de la Arena, se bajaba a una ensenada de pescadores, distante cinco leguas de Lima (Ancón) y a los campos de Carabayllo, en los que había junto al mar "una estancia de yeguas y mulas muy valientes" (¿La Mulería?). En el camino de la Sierra de la Arena (¿Piedras Gordas?) *sole* de aver negros *simarrones*, que son los que se fuyen de sus amos por malos tratamientos que les hazen, y otros porque son ladrones y vellacos".

A continuación, y antes de entrar a tratar de Lima, habla de Huá-

nuco de los Caballeros, villa de 300 casas de españoles y que pondera como verdadero paraíso terrenal por ser la del mejor temple del Perú. Llama Marañón al río Mantaro que nace en las sierras de Bombon y pasa por Jauja y cerca de Huamanga; y agravando este error geográfico, supone que después de penetrar en las montañas, tuerce su curso al Occidente y vuelve a las cercanías de Huánuco.

Descripción de Lima

Es animada y rica de color la pintura que el judío portugués hace de la ciudad de Lima. Celebra con insistencia en varios pasajes de su relación la suavidad del clima, la igualdad de los días y las noches, la benignidad del ambiente, la verdura perenne de los campos y el agrado y lucimiento de las casas, casi todas con jardines y hermosos balcones, adornados los patios con macetas de alelíos, claveles, albahacas y rosas, y las ventanas de enredaderas y de la preciada hierba llamada *la congona*, que huele a clavos de especiería. Se muestra entusiasta de la belleza y desenfado de las criollas, a quienes describe vestidas de seda y terciopelos de oro y plata, muy adornadas con cadenas de oro, gruesas perlas, sortijas, gargantillas y cintillas de diamantes, rubíes, esmeraldas y amatistas, yendo a visitas en sillas de manos, a hombros de los esclavos negros y seguidas de ancianos escuderos españoles, o arrastradas en carrozas de mulas o caballos que conducían cocheros negros. Los hombres blancos, galanes y bizarros, vestidos de sedas y paños de Segovia, con cuellos de puntas de Flandes y con medias de seda, andaban casi todos a caballo, y cuando salían de Lima, aún a cortas distancias, llevaban buenas mulas, vajillas de plata, cama dentro de un almofrez y séquito de esclavos.

Las fiestas eran numerosísimas, y las procesiones "con muchas danzas, y tanto estruendo, instrumentos e invenciones, que no hay ciudad en España en que se haga tanto, ni donde cuelguen las calles con más riquezas". Todos los meses jugaban toros y cañas; de continuo había comedias y músicas, salidas a holgar al campo, meriendas y banquetes en las huertas y todas las tardes paseos de caballeros y mercaderes por la ciudad y la campiña. Sobre estos esparcimientos ordinarios, venían los regocijos extraordinarios de las entradas de los Virreyes, y los grados doctorales en la Universidad, "que hay bien que ver en ellos y oír sus *vejámenes*". Admira, como era natural en aquel tiempo, lo ancho y recto de las calles "sin hacer embueitas ni rincones", muy derechas y empedradas, salvo en el centro para el tránsito de los coches. Menciona el puente de piedra que construyó el Marqués de Montesclaros; y los arrabales de San Lázaro, al otro lado del río, y el del Cercado, con 800 indios ricos y ladinos y con jardines cuyas producciones enumera y alaba menudamente. Pero si lo enamoran el clima, alegría y riquezas de la ciudad, le causan profundo desvío el Tribunal de la Inquisición "tan te-

mido y aborrecido de todas las gentes”; la influencia preponderante de los jesuitas, “que no ha ninguno que sea pobre, y que engullan en el Perú muy grandes bocados y no se ahogan, porque tienen estómago para todo”; el poderío de las demás órdenes religiosas, de cuyos frailes dice: “esto son los que mejor se aprovechan en el Perú o los que mejor saben furto en bon romance”; y los excesos de las autoridades civiles, corregidores, visitadores y demás oficios reales que “todos van forros y a partir, porque el que menos roba se tiene por más apocado, y el que más roba se tiene por mejor y más honrado”.

Esta su insistencia en poner de resalto los malos aspectos del régimen colonial, ésta su actitud de crítica descontentadiza y mordaz, natural en quien como él era miembro de una minoría odiada y perseguida, explican sus desfavorabilísimos juicios acerca del carácter criollo. Tiene a los hombres por vanidosos, jactanciosos, embusteros, y dados a la disipación y a los vicios, y a las mujeres, cuya belleza alaba tanto, por livianas y gastadoras en extremo. A ratos las páginas de su relación se convierten en la crónica escandalosa de la sociedad limeña, aunque sin indicar nombres propios, pero dando tantos indicios sobre los autores de ciertos delitos, que no sería tarea imposible para la erudición acertar a identificarlos. A duras penas reconocer que hay en el Virreinato y su capital gentes buenas, honradas y virtuosas. Algunas veces contradice sin querer sus detracciones, porque habiendo descrito con muy vivos colores la codicia, el ansia de dinero y los fraudes en negocios y herencias, se le escapa luego reconocer que se socorren mucho los unos a los otros, y que el trato mercantil de Lima es el mejor y más sin pesadumbre que se puede hallar en el mundo, resolviéndose las diferencias entre mercaderes por árbitros de buena conciencia, con lo cual se excusan pleitos. Al paso que dice que son holgazanes los limeños, declara que todos, hasta los más grandes caballeros, se dedican al comercio y que son “tan diestros en toda suerte de mercaderías que no se sabe otro que sepa más que ellos”. Tras de pintar tan al vivo las exacciones administrativas, viene a confesar: “Se dice quien va al Peru de ciento no vuelve uno, *porque demas de su gran abundancia y hartura hay en ella pocos tributos, pocos derechos, pocas aduanas, pocas alcabajas...* Por estas causas no quieren los hombres volver a España, que en volver en habiendo dineros en cosa fácil”. Sus observaciones sobre la moralidad y costumbres del país son muy interesantes y merecen tenerse en seria cuenta, pero sin olvidar que quien las formula era probablemente un perseguido del Santo Oficio, que se dirigía a los enemigos de España procurando lisonjearlos, y que aún involuntariamente habían de influir en sus apreciaciones los recuerdos de las persecuciones y sospechas de que sus correligionarios eran objeto en el Perú, que sin duda también a él le alcanzaron, y que tenía que haberlo agriado el ánimo el ambiente de menosprecio y recelo que rodeaba en Lima a los portugueses judaizantes.

Para animar a los holandeses a un desembarco, repite mucho que Lima carece de murallas, fuertes y defensas, que no hay en ella guarnición ni presidio de tropas pagadas, y que las milicias son bisonas, poco numerosas y de escaso ánimo militar. Indica también el peligro de una sublevación de esclavos, tan temida de los españoles, que prohibían con severas penas a los negros llevar armas. Había más de 40.000 esclavos en la capital y sus alrededores; pero lo que les impedía concertarse para un alzamiento eran los odios que se profesaban las diferentes castas y razas de ellos. El vecindario español, según los datos que trae el judío, no excedía de 4.600 hombres y un número algo mayor de mujeres. De éstos, 100 eran encomenderos de indios y constituían propiamente el cuerpo de la nobleza, de la cual salían 24 regidores del Cabildo. De frailes, clérigos, estudiantes, colegiales, letrados y forasteros, calcula a lo más 2.500. Había representantes de todas las provincias de España, y no faltaban extranjeros, a pesar de las prohibiciones y dificultades que establecían las órdenes reales: franceses, italianos, alemanes, flamencos (uno encontró en el interior, a orillas del Apurímac), griegos, raguseses, corsos, genoveses, ingleses, y hasta moriscos y gentes de la India y de la China. Entre los españoles era muy viva la enemistad de los meridionales y extremeños contra los vizcaínos; y de los soldados pobres que vagabundeaban por los caminos y que hacían oficio de *bravos*, contra los ricos encomenderos y los empleados reales.

Las compañías de milicias de a pie en Lima eran ocho, cada una de a 150 hombres, que eran los zapateros, sastres y oficiales de la ciudad. Las de caballería eran de a 600, inferiores aún a las de a pie y compuestas por los arrieros, chacareros y mayordomos de labranza del valle. A más de estas fuerzas, existía la guardia del Virrey, que era una compañía de gentileshombres lanzas y otra de arcabuceros, cada una de a 100 hombres, todos blancos. Los primeros ganaban 80 pesos ensayados, y el capitán 3.000; y los segundos 100 y 1.000 más el capitán. Milicias y guardias juntas, en los alardes que presenció el judío, no subían a 1.300 plazas.

Ganaba el Virrey por entonces 40.000 pesos ensayados al año; pero cada vez que iba al Callao a despachar la armada se le abonaban 3.000, y cuando se dirigía a algún otro punto por servicio del Rey 10.000 de ayuda de costa. Nombraba a sus más inmediatos parientes o amigos para los dos mejores cargos, que eran el de General de la Mar y el Callao y el de Capitán de su guardia, cada uno con 3.000 pesos. Proveía gran número de corregimientos por tres años, pues los de mayor importancia, que duraban seis años, eran provistos directamente por el Rey. "Con los dineros de las cajas reales tratan los corregidores, y con sus tratos se fazen ricos, porque de salario no tienen más de 800 pesos ensayados, excepto algunos particulares corregimientos". Los había que de provechos ilícitos daban en tres años 100.000 pesos. Los oidores, alcaldes del Crimen, inquisidores y maestros de campo, ganaban 3.000, y los tesoreros y

contadores 2.000; pero "todos son ricos y poderosos, todos gastan como príncipes, y son temidos y respetados". Rodeaba al Virrey una verdadera corte, y eran de gran provecho los oficios de mayordomos, mestresalas, gentileshombres de cámara y demás que constituían la alta servidumbre. Servíanle de pajes los hijos de los señores más ricos y principales del Perú.

El Palacio, adornado interiormente, con grandes riquezas, tenía dos vastos patios. En el del lado de Occidente estaba la escalera que subía a las piezas del Virrey, custodiada siempre por 30 alabarderos y que daba a la calle que hoy llamamos *de Palacio*. En la esquina de ésta y la plaza de Armas, formando ángulo con las casas de Cabildo, que estaban fronterizas, se encontraba la Casa de Armas donde se guardaban las de todas las tropas, algunas piezas de artillería y algunos pedreros. Lo restante de este patio lo ocupaban las Cajas Reales y la Capilla, situada en el mismo lugar de la actual. Por detrás de ella corría un pasadizo que usaba el Virrey para acudir a los locales de la Audiencia y los tribunales restantes, que ocupaban el patio de Oriente. En el centro del Palacio estaba el jardín; y detrás, hacia el río, las casas de los criados del Virrey. En la esquina que correspondía a las Carnicerías, fronteriza a las casas de don Francisco de la Cueva, la Cárcel de Corte, construída en tiempo de Montesclaros (actual Ministerio de Gobierno e Intendencia). A este lado (que después se llamó calle de la Pescadería) se abría una puerta, correspondiente a la que del otro lado conducía a las habitaciones del Virrey. A continuación y en el ángulo de la Plaza frontero al Palacio Arzobispal, funcionaba la Sala de los Alcaldes del Crimen.

En el centro de la Plaza había una fuente de agua en una taza de piedra. Al lado del Oriente, la Iglesia Catedral "feita por la traza mayor de Sevilla", con muchas capillas y riquezas de oro y plata labrada; y junto, las casas del Arzobispo. Frente a este lado y al Palacio del Virrey se extendían, como hoy, los dos portales. El que ya se llamaba de *Escribanos*, estaba ocupado, a más de los oficios de éstos, que le dieron el nombre, por algunas tiendas de guanteros, y por las casas de Cabildo y la Cárcel de la Ciudad.

De esta esquina, sale la calle que lleva al río y pasa por el Puente de Piedra, y termina en la Iglesia y hospital de San Lázaro, que servía a los enfermos de este mal, situado en el barrio nuevo, que hoy llamamos de Abajo del Puente y que ya contaba más de 600 casas. A la izquierda se tomaba el camino real de Los Llanos. A la derecha, delante del cerro de San Cristóbal, la Alameda, con calles de naranjos, cedros, olivos, manzanos y álamos, en medio cuatro fuentes de agua con tazas de piedra, y en el fondo el monasterio de frailes franciscanos con buena casa y huerta. Río arriba y pasando junto al cerro, el camino para Lurigancho, lugar de indios a una legua de la ciudad, y el camino de la Sierra.

De la esquina de la Plaza que ocupaba la Sala de los Alcaldes del

Crimen sale otra calle que pasa junto a la Cárcel de Corte y que iba a las Carnicerías (actual de la Pescadería). Tuércese a la derecha a la plaza de San Francisco, con su monasterio grande y muy rico, situado junto al río, y que con la anexa huerta de los frailes ocupaba el espacio de dos cuadras. De allí sube la calle al monasterio de Santa Clara, junto al cual corre, en dirección de Norte a Sur, la mayor acequia de la ciudad, y sigue al Cercado de los indios y al camino de la Caja de Agua, que ocupaba el medio de un verde prado, de donde partían el camino al valle de Santa Inés y el de la Sierra.

Del frente de Palacio y de la esquina de las casas del Arzobispo, sale otra calle (que hoy sigue llamándose *del Arzobispo* en su primera cuadra) a la cual daban el Colegio de Santo Toribio y las casas del Correo Mayor (las de los Carvajales, tronco de los Duques de San Carlos, situadas en la esquina de las cuadras que ahora se llaman de San José y Aparicio). Desemboca en la Plaza de la Inquisición, a cuyo lado Sur estaban la cárcel secreta, capilla y casas de los inquisidores; y cuyo lado oriental ocupaban la Iglesia y casa de la Caridad, donde se curaban las enfermas menesterosas y se recogían arrepentidas y doncellas pobres. Apegado a esta casa se levantaba el Colegio del Rey (Universidad de San Marcos y Colegio Real de San Felipe). Sigue subiendo la calle a la Plaza de Santa Ana, en la que se encuentran el monasterio de Monjas Descalzas, el Hospital de Indios, que tenía 30.000 pesos ensayados de renta, y la iglesia parroquial de Santa Ana. Continúa la calle por el lado de las Descalzas; y pasando por la calle de la *Peña horadada* (que ya se llamaba entonces así), va a la iglesia del Prado junto a la puerta del Cercado de los indios. Recuerda melancólicamente el judío que aquí se hallaba la huerta del Doctor Franco, de la cual él fué dueño. Partía para el Oriente un camino que entre chácaras de trigo y alfalfares iba hacia la mano derecha al lugar de Late, distante dos leguas de la ciudad. Otro camino tuerce para Santa Inés y la Sierra; y volviendo al real se pasa por la Rinconada de Late, sitio de regocijo, para los limeños, donde había muchos sembríos de hortaliza, pepinos, camotes y maizales. A la izquierda de la Rinconada parte el camino para la Cieneguilla.

Junto a la Catedral pasa otra calle que se dirige al monasterio de la Concepción (la cuadra que después se llamó *de Judíos*), el cual "es de monjas, rico y regalado". Va al Hospital de San Andrés, grande y buena casa de españoles, y desemboca en la Plaza de Santa Ana, en la que se juntaba con el camino real de la Sierra. De Santa Ana a la mano derecha, se iba a la calera y horno de ladrillo de Alonso Sánchez Calero, que servía 400 esclavos, y el camino real de Los Llanos. Subiendo de este punto hacia el oriente estaba la Huaquilla de Santa Ana. Aquí había "un grande campo, todo en redondo, lleno de huertas, y se va a dar a una acequia grande de agua". Por allí se dirigía a un camino a la Casa de la Pólvora, donde se fabricaba mucha y muy fina, y había para ello molino de agua y depósito, a un cuarto de legua de la ciudad.

La calle que de la Plaza salía al Sur junto a la Catedral, recibía al principio el nombre de *la de los Roperos*, por las muchas tiendas de vestidos para los negros que la ocupaban. Pasaba por las espaldas del monasterio de los frailes de la Merced, e iba a parar al de monjas de la Encarnación, "casa la más famosa de Lima, donde ha más de 400 mujeres, la mayor parte profesas, y recogidas muchas hijas de señores ricos para que deprendan buenas costumbres y las sacan para las casar". Tanto las monjas como las seglares recogidas y educadas tenían esclavas negras para su servicio particular. Grandes encarecimientos hace el portugués de este convento: "Hay hermosas discretas mujeres, dotadas de mil gracias. Fazen conservas y colaciones, de tanto modo y tan buenas que no se puede imaginar cosa de mayor regalo. Tienen una grande y regalada huerta; y coge el monasterio y su huerta dos cuadras de largo y una de ancho". Por esta dirección seguía la calle a los Recoletos Dominicanos (debe de ser equivocación por franciscanos, que eran los que tenían la recolección de Guadalupe, situada en aquel lado). De aquí partía el camino que empalmaba con el real de Los Llanos.

La más famosa y animada de las calles de Lima era a la sazón, como lo es todavía hoy, la de Mercaderes, que de la Plaza salía al Sur por entre las esquinas de los portales de Escribanos y Botoneros. En ella había "a lo menos 40 tiendas surtidas de cuantas riquezas tiene el mundo. Aquí está todo el principal negocio del Perú porque ha (*sic*) mercaderes en Lima que tienen un millón de hacienda y muchos de 500.000 pesos; y de 200 y 100 mil son muchísimos; y de estos ricos, pocos tienen tiendas, y envían sus dineros, a emplear a España y a México y otras partes, y algunos tienen trato en la Gran China. Aquí fian las mercaderías por lo menos por un año, y si son memorias grandes las fian por un año y dos y tres, por sus tercios la paga... La orden de vender y comprar es que ha muchos años que el Corso, que fue el mayor mercader y mas rico que ha tenido el Piru, que sus hijos son Marqueses de Cantillana junto de Sevilla; este Corso fizo una tasa ensayada de cuantas mercaderías se labran y hacen en todo el mundo, y todas se obligó a dallas por aquellos precios, y unas mercaderías puso muy altas y otras muy bajas, conforme en aquel tiempo tenían el valor; y las mercaderías que no hubo en su tiempo y despues se fabricaron y se les dio nombre, le ponen los corredores su precio y tasa. Y esta tasa se conserva hasta hoy en día. Pues la orden que tienen los mercaderes para comprar sus mercaderías es que toman las memorias de las mercaderías que les dan los cargadores para que compre con los precios que costaron las mercaderías en España o Mexico, y luego la van retasando, y unas mercaderías bajan y otras suben conformes corren y valen las mercaderías en la tierra, y ansi fazen la tasa en corriente, dando a cada genero el valor porque se puede vender en el tiempo que compran; y feita la cuenta y retasa por presio de los pesos ensayados questo se entiende la tasa y la hago tambien por la cuenta corriente, questos son los precios porque

se puede vender las tales mercaderias; y sumado una cuenta y otra, reducidas ambas cuentas en corriente, luego se echa de ver si se puede ganar o perder; y las propias retasas y cuentas hacen los señores que venden, y conforme sube de la tasa o baja estas mercaderias, ansi compran a tantos por ciento mas o menos de la tasa, y despues de concertados envian los fardos como vienen de España en casa del comprador y alli le van entregando todo por cuenta y razon; y siempre se saca de partido cuando se compra que han de quitar daños y adiciones. Daños son las cosas que van rotas o podridas, o mojadas o manchadas; y adicion es ser en los generos de la mercaderia que se vende de diferente calidad o decir ques de un maestro y ser en de otro, o decir que un paño es veinticuatreño y ser veintidoceno o no tener en la marca y cosas semejantes. Esto se entiende daño y adiciones. Pues y a los quitar nombran de cada parte un tercero y a estos les van enseñando todo lo que tiene daño o adicion; y estos que siempre son mercaderes de buena conciencia quitan lo que les parece que es razon y se rebaja del valor de las mercaderias y con esto nunca se vuelve genero de mercaderia... Y otros compran a la tasa corriente y otros un tanto por ciento sobre los costos de Castilla o México; y algunas veces se compran generos sueltos, mas en siendo memorias grandes y surtidas (que hay algunas de 100.000 pesos) siempre se compran por la tasa. Todos los mercaderes son des-trisimos en comprar, que hay tal mercader que coge todas las mercaderias que salen a la plaza para se vender y las retasa todas en poco tiempo; y dalli escoge y compra las que mejor le parece. Con esto se puede entender lo que son mercaderes de Lima; y dende el Visorrey hasta el Arzobispo, todos tratan y son mercaderes, aunque por mano ajena y disimuladamente”.

Tras esta explicación de los usos del que fué su oficio, hecha en lenguaje incorrectísimo y oscuro, pero interesante en sumo grado para la historia económica colonial, prosigue el judío describiendo aquella rec-ta de la ciudad, con el grande y rico monasterio de la Merced y la Reco-lección de la misma Orden situada más abajo, a la salida del camino que por los campos va al mar y al pueblo de indios de la Magdalena.

También sale de la plaza con dirección al mar, hacia el Occidente, la calle que se llamaba y se llama *de las Mantas*, tan llena de tiendas como la de mercaderes. Más adelante de ella, en la misma dirección, no eran ya las tiendas de paños, sino de cereros, confiteros, herreros y cal-dereros. Luego venían el hospital de marineros del Espíritu Santo, el Arco, la iglesia de Monserrate y una serie de huertas hasta el río.

De la esquina de la Armería de Palacio y las casas de Cabildo y las de D. Alonso de Carvajal (que deben ser las que fueron primitivamente de D. Antonio de Ribera y Martín de Alcántara), sale de la plaza la ca- lle que lleva al monasterio de frailes dominicos, el mejor y más rico de Lima en sentir de nuestro autor. Tenía dicho convento siete patios y ocupaba el espacio de dos cuadras. El río corría junto a él por la parte

del Norte, pero en un espacio que dejaba libre el convento entre la iglesia y el lecho del río, se alzaba la Casa de las Comedias.

Después de describir los principales jirones, que son los antedichos y que parten todos de la Plaza Mayor, pasa a hablar de otras calles principales, como era la que de San Francisco corre de Norte a Sur y pasa delante de la Compañía de los Jesuítas, "casa la más rica y poderosa de Lima, que tiene hasta los frontales de los altares hechos de fina y gruesa plata". Célebre era en esta iglesia el monumento que se exhibía en Semana Santa (o como dice portuguesamente el autor en la *Semana de en doencas*), de terciopelo carmesí guarnecido de plata pura, con mil lazos labrados al burril, tan alto que llegaba al techo de la iglesia, tan ancho que alcanzaba de la una pared a la otra, y con muy elevados arcos y pilares. Dice que eran "infinitas las riquezas contenidas en este convento-casa".

La calle que pasa por las espaldas de los Jesuítas daba al Colegio de San Martín, que igualmente les pertenecía. Contaba con más de quinientos colegiales, hijos de señores de todo el Reino, y cada uno pagaba por año 150 pesos por la comida y hospedaje. Reconoce que allí se hacía "muy grande estudio de muchas sencias".

Muy famosa y concurrida era también la calle de los Plateros, que de la Compañía de los Jesuítas iba por el Occidente hacia el mar, y a la cual daban al callejón de los Sombrereros que venía de la Plaza Mayor (y que luego se llamó de Petateros), el rico convento de San Agustín, la iglesia parroquial de San Sebastián, y los molinos y huertas del lado de Monserrat. Por esta dirección y algo desviada al Sur, hacia el camino del Callao, se encontraba la iglesia de San Marcelo, reputada por el autor como la mejor parroquia de Lima.

Habiéndose escrito esta relación verosíblemente varios años después de haber salido de Lima su autor, no son de extrañar algunas leves inexactitudes de ubicación en que incurre, como por ejemplo al situar el hospital de San Diego de Convalecientes en la misma recta de la Merced y Belén, o la casa y parroquia de los Huérfanos en la calle que bordea el Colegio de San Martín; pero fuera de estas pequeñeces, tan fácilmente rectificables por quien conozca la ciudad, que ha conservado intacta la distribución y situación de sus edificios antiguos, es fidelísima y curiosísima la pintura que de ella hace el anónimo portugués y que nosotros no hemos podido sino extractar pálidamente.

Descripción del Callao y alrededores de Lima

Con los toques repartidos en las diversas páginas de la relación puede reconstituirse el paisaje de los alrededores de Lima, con las *lomas* cuyos pastos, mantenidos por las suaves garúas del invierno, servían a muchísimos ganados, y con los árboles y cultivos que ocupaban entonces el valle; los numerosos y ricos olivares, que producían mejor aceituna

que la de Sevilla y gran suma de botijas de aceite; los naranjos y limoneros, en tanta cantidad que se daban por nada sus frutos, y con cuyos azahares se hacía muy preciada agua de olor; los platanos tan espesos que formaban bosques en los que se escondían los negros *cimarrones*; los camotales y trigales, que a la sazón constituían los más extensos plantíos de la campiña; las papas, de que se consumía mucha cantidad en los platos populares del *locro* y el *chuño*; y las variadísimas especies de árboles frutales indígenas que sombreaban los campos y cuyo largo catálogo trae el autor, insistiendo especialmente en las excelencias de las paltas, guayabos, pacaes y piñas, y en lo característico de las guanabas, de las tunas que servían de cerca en los jardines y tapias, y de las trepadoras granadillas. Había también muchos alfalfares y maizales gran cantidad de legumbres de toda especie, campos de ajíes y buenas estancias de azúcar, entre las cuales era la mejor la de San Juan, perteneciente a los jesuítas, famosa igualmente por sus olivares. Del trigo no se sembraba sino lo que necesitaban para el año, porque ya la plaga del gorgojo y palomilla, que después ha destruído este cultivo en los valles de la costa, lo consumía si lo guardaban. La fanega valía de 10 a 12 reales, lo mismo que la del maíz. De la caña de azúcar se hacía mucha miel, tanto que en ella se convertían más de dos tercios de los cañaverales, por el gran consumo de la ciudad en los dulces y en la popular *mazamorra*, por la cual llamaban a los limeños *pan y miel*. De esto provenía que no fuera el azúcar tan barata como debiera, costando la arroba 28 reales y 24 la botija de miel. El ganado de cerda era muy barato y se empleaba mucho la manteca sacada de él. De la carne de vaca, la arroba costaba 6 reales, mientras en la Sierra un buey gordo valía 4 pesos de a 8 y a veces menos. El cuarto de carnero 2 reales y medio, y las gallinas de 4 a 10. No se hacía vino en Lima ni había viñedos en el valle, por la cual era el vino del país artículo caro, traído por mar de otras comarcas, especialmente del Sur. La arroba del nuevo valía 3 pesos de a 8, y más el antiguo hasta de diez años. El cuartillo de vino de Sevilla valía comúnmente 4 reales. Consumíase bastante aguardiente, arropo, vino dulce y de romero; pero la bebida ordinaria de todas las clases sociales era la chicha de maíz, de la que era la más delicada una clara a modo de vino blanco (*¿de jora?*).

Las acequias que regaban las tierras en las seis leguas de extensión que van desde la Rinconada de Late hasta Carabayllo, estaban bordeadas por mucha y olorosa hierbabuena. No se conocía ningún animal ponzoñoso, pero sí molestaban nubes de mosquitos y zancudos, y los piques de la tierra "pequeños enemigos para tanto de bueno". De aves, fuera de las de corral, eran preciadísimos los muchos halcones de cetrería, que tenían fama de ser los más finos que se conocían y de que todos los años llevaban algunos a Madrid para la caza del Rey.

El camino de Lima al Callao, que tiene dos leguas de largo y va en medio de huertas y chácaras cercadas, era considerado como uno de los

más frecuentados del mundo por la gran cantidad de mercaderías que se llevaban y traían de la ciudad al puerto en bestias y carretas, no sólo para el consumo, sino para pagar los derechos del Rey y ser reembarcadas, como ocurría con el oro y la plata de las minas. A la salida de la ciudad, junto al camino, estaba por esta parte el Peralvillo, lugar de ejecución de los negros malhechores.

Tenía el Callao 400 casas de españoles, sin contar las de indios y negros. Las calles eran, como las de Lima, en cuadras rectas, que todas salían al campo. Había varios monasterios y casa de jesuitas. Los más de los vecinos eran marineros y gente de mar. En la playa se levantaban muchos almacenes y bodegas de vino, y el edificio de las casas reales, cuyos muros batía el mar. El puerto, limpio y capaz, no tenía más defensas que 30 piezas de artillería de bronce, las cuales en tiempos del autor estaban puestas en la playa sobre las barreras del mar, y dos fuertes que hizo construir el Príncipe de Esquilache y en los que suponía nuestro autor que ya por entonces habrían colocado y montado las piezas antedichas. En la bahía fondeaban cuando menos 40 navíos y fragatas que hacían el comercio con Chile, Tierrafirme, Nicaragua y Méjico. De Chile traíanse ya cueros, sebo para candelas, frutas en conserva y trigo, siempre que no bastaba el del Perú. De Nicaragua, Guatemala y Sonsonate, en cambio del vino y los artículos peruanos, traían brea, cochinilla, tabaco, cera amarilla, miel de abejas, bálsamo y palo de Mechoacán. De Acapulco, en cambio del oro y plata, traían los mercaderes peruanos paños finos, sedas, terciopelos, entorchados y pasamanería, damascos, tafetanes y *sedas mandarinas* que venían de la China y eran menos caras y apreciadas que las de Méjico. De esta navegación volvían a Lima los navíos por los meses de Octubre y Noviembre.

En el puerto del Callao estaban siempre las naves de guerra Capitana y Almiranta, con artillería de bronce fundida en Lima por el maestro Juan Bernardino de Tejada, que tenía su oficina junto a San Agustín. Las naves de guerra no se hacían a la mar sino para custodiar la plata que de Arica iba a Panamá, que era viaje de siete a ocho meses con ida y vuelta, o cuando había nuevas de enemigos. También había en el puerto una galera, que no servía más que para cárcel de malhechores.

Las fragatas y los barcos pequeños que venían por la parte del Sur, entraban al Callao por el angosto brazo de mar que separa *La Punta* de la isla que se llamaba a la sazón de *Lobos* y que ahora se conoce por San Lorenzo. Por detrás de ésta daban la vuelta los navíos grandes.

Del Callao hacia el Norte, la costa rasa y accesible se extiende por media legua a la Boca del Río, y de aquí pasa al río de Carabayllo, y luego por una montañuela corre a la ensenada de pescadores de Llacón, a cinco leguas de Lima, de que ya habló el autor al describir el camino de Los Llanos. En todos estos desembarcaderos insiste bastante, como si tuviera en la mente facilitar una expedición holandesa.

Por la costa del Callao hacia el Sur señala hasta Pachacámac la exis-

tencia de caminos acomodados y anchos que utilizan los indios pescadores, y que, subiendo de la playa por unas altas barrancas, dan acceso al valle. Entre estas barrancas tajadas como murallas y en las que hay trechos infranqueables, existen fuentes de agua dulce. Por esta costa menciona los pueblos de indios de Maranga; de la Magdalena, punto en que el mar sólo dista en Lima tres cuartos de legua; de Surquillo a una legua de Lima (entre la Huaca Juliana y el actual pueblo de Miraflores) y de Surco, más al interior, a distancia de dos leguas de la capital. De aquí, por unos arenales, se va al pueblo de Pachacámac, para el cual había otro camino de cuatro leguas, también por las arenas, y en el que se veían aún las piedras del construído por los Incas (Seguramente el lugar que ahora llamamos La Tablada).

En Pachacámac, distante cuatro leguas de Lima por este lado, indica que hay una buena playa para desembarcar; y que junto a la entrada del río en el mar se ven edificios antiguos, "que en su tiempo debían de ser muy ricos palacios". Este pueblo de indios de Pachacámac está en un regalado valle, que riega el río de la Cieneguilla, poblado de buenas casas de estancias, grandes huertas, con mucho ganado caballar y vacuno, mulas, ovejas y cabras, y con plantíos de trigo y maíz y grandes melonares. Fervientes elogios hace de la frescura y apacibilidad de dicho valle, que en diversos pasajes muestra conocer circunstanciadamente (lo cual se explica recordando que en él tuvieron grandes posesiones algunos judíos portugueses a principios del siglo XVII, como que Manuel Bautista Pérez, jefe de la Sinagoga de Lima y ajusticiado por la Inquisición en 1610, era dueño de la hacienda de la Cieneguilla).

Camino de Lima al Cuzco

La primera jornada ordinaria de este camino era de Lima a La Cieneguilla; y continuando por la quebrada del mismo nombre, se pasaba al pueblo de indios de Chontay, que tenía un cacique rico, muy templado clima y lindas huertas y jardines; a Sisicaya, corregimiento de indios a diez leguas de Lima; y por camino de bosques y frutales, pasando varias veces el río, se llegaba con dos leguas de cuesta y malos pasos, al Chorrillo, así llamado porque junto al pueblo hay un río en canal abierto en la peña. Principia ya allí la Sierra, y llueve y truena fuertemente.

Pasábase luego a Guadacheri (Huarochirí), lugar de indios, a diez y ocho leguas de Lima, rico y de mucha labranza. Atravesábase luego por varios lugares de indios *chaupiyungas* (lo que quiere decir *medio calientes o entre costeños y serranos*), con sementeras de papas, trigo y maíz; y por cuestras y montañas se llegaba al tambillo que nuestro portugués llama *Lo Caliente*, que está al pie de la puna de Pariacaca, a veintidós leguas de Lima, casi todas de subida. En este punto describe los fenómenos del *soroche* o mareo de las alturas, y el aspecto de aque-

llas montañas altísimas, que parecen tocar el cielo, cubiertas perennemente de nieve. Reputábase la puna de Pariacaca como la más temible y rigurosa del Perú, por sus muchas lagunas, tempestades y malos pasos. De ella se apartaban dos caminos. El de la izquierda, denominado *de las escalerillas*, por los escalones de piedra de que está hecho, era espantable con el precipicio y la muy honda laguna a que daba de un lado y a la que se despeñaban las mulas en caso de resbalar. Salía este camino a Hatunjauja, en el valle de Jauja, sobre el río que el autor tiene por el Marañón y es el Mantaro, y que tenía un buen puente de piedra. El camino de la derecha se llamaba del atajo. Pasa un gran río, que se entra todo por una gran boca, y sumido en ella va más de una legua por bajo de tierra. Al aparecer de nuevo el río, se le pasa por un puente de rocas hecho por la propia Naturaleza. Llegábase a las peñas de Pachachaca, donde se hunde nuevamente el río y corre con gran rumor subterráneamente. En estas peñas hay una cavidad capaz hasta de doce personas, cada una con su cama; allí dormían los caminantes, abrigándose del mucho frío con la leña y el carbón que traían de abajo, lo mismo que la comida, pues el paraje es aridísimo y nevado. Cuando los caminantes eran muchos, y no cabían en aquella cavidad, los indios, criados y cabalgaduras tenían que dormir a la intemperie y sobre la nieve. Por todos aquellos montes veíanse grandes manadas de vicuñas, cuya lindeza y agilidad se detiene a ponderar el autor, explicándonos también las propiedades de la piedra bezoar que se les cría en el pecho y de la cual dice que nace por el antídoto que comen contra cierta hierba ponzoñosa y que crece hasta que las mata. Habla igualmente de cómo se utiliza su lana, de cómo se guisa su carne seca o *charqui* en el *locro* (porque este judío parece haber sido gran goloso y no desperdicia ocasión de explicar las comidas peculiares del país y dar receta de ellas), y de cómo se les caza en los grandes *chacos* o cacerías de los indios. Veíanse también innumerables guanacos y llamas, de color blanco y pardo oscuro, animales de carga, que iban con coca hasta Potosí, y de cuyas lanas se hacían muchas sobrecamas y finos *cumbes* o reposteros de vivos colores, aunque menos apreciados que los de vicuña. Pastaban en estas punas gran cantidad de vacas y carneros, y vagaban venados y vizcachas.

De Pachachaca por montañas despobladas se pasaba a la estancia de Velaústegui (acaso de los Veráustegui, uno de los cuales fué posteriormente corregidor de Potosí y Conde de Olmos). Allí se dormía una noche, y por valles hondos se bajaba al río del valle de Jauja, vadeándolo o pasándolo en balsas, o yendo hasta el puente de Hatunjauja.

Tenía el valle de Jauja 14 lugares de indios, entre los cuales era ya floreciente Huancayo. Había en él dos monasterios de frailes doctri-nantes, uno de franciscanos y otro de dominicos, y un tambo grande y bien proveído para los pasajeros. Producía el mejor tocino del Reino, y mucho trigo y maíz, duraznos y otras frutas. Criaban gran cantidad de gallinas, cuya carne y huevos se consumían en Lima, distante cuarenta

leguas. Teníase por uno de los mejores corregimientos; y eran en él los indios de mejor parecer y aspecto que en las otras comarcas.

Entra el autor a explicar el régimen de los caminos reales y el servicio gratuito de los tambos. En ellos el Alcalde de Indios cuidaba de suministrar a cada pasajero un indio, el cual traía agua, leña, ají y sal para la comida, y la hierba de icho para la cama; y otro indio iba a buscar gallinas y a llevar a pastar a las mulas. La retribución era voluntaria, y los más no pagaban nada. En algunos lugares, por estar los indios ocupados en otras tareas, eran las indias las que servían a los pasajeros. Si un español de éstos deshonraba a una india, tenía multa de 4 pesos, según ley de D. Francisco de Toledo. Halla el portugués a los indios medrosos y apocados sobre toda ponderación, borrachos, muy feos y chicos de cuerpo, y tan llevados por el mal que con ruegos nada se logra de ellos y sólo hacen las cosas a palos. Se admira al verlos correr por los caminos tan ásperos, llevando el hato a cuestas y a las bestias de rienda, y al contar que las mujeres, acabando de parir, se bañan en agua fría con los recién nacidos.

Después de esta digresión sobre las costumbres de los indios serranos continúa el itinerario. Del valle de Jauja pasa al tambo de Acos; y por unas laderas que bordean el río Marañón (Mantaro), llega a Casma, lugar de lindas huertas. Sigue el camino junto al río y pasándole de nuevo por un puente de piedra, tras de algunos malos pasos, se llega al punto en que se aparta el camino para el mineral de azogue de Huancavelica. Al término de aquél, y a media legua de distancia de la boca de la mina, está la villa de Oropesa de Huancavelica, que tiene 2.000 casas de españoles y 3.000 de indios, muchos mitayos y mercaderes, un monasterio de frailes, iglesia mayor y varias parroquias de naturales. Era siempre corregidor un gran caballero, y había contadores y oficiales reales. El temple de la villa es fuerte, muy frío y llueve y nieva reciamente. Junto al río de ella está una fuente o *puquio* de agua caliente, en la cual venían a bañarse muchas personas, y que tiene la propiedad de petrificar los objetos que en ella introducen. De estas piedras, hechas por la acción de las aguas calientes, y que son blandas y amarillas, construían las casas. A catorce leguas de Huancavelica está Chocolococha o Castrovirreina, con ricas minas de plata, hasta de 2.380 maravedises de ley. Había en Castrovirreina 500 casas de españoles y muchas de indios, y un gobernador de calidad, que se enriquecía grandemente en el desempeño de su cargo. Era villa de muchos mercaderes, y que hacía gran consumo de buenos vinos, los cuales se observaba que mejoraban de gusto al subirlos de Los Llanos; pero por ser la tierra más fría de todo el Perú no produce ningún fruto ni sementera, y las españolas allí avecindadas bajaban a parir a lugares más abrigados, porque el demasiado hielo mataba a las criaturas. Las minas, a dos leguas de la villa, daban entonces a lo menos 900 barras selladas, cada una de a 1.000 pesos de a 8 reales por término medio, a más de mucha plata para vajilla y plateros, que

hurtaban sin pagar los derechos, que en este asiento no eran el quinto, sino el décimo, porque son pobres las minas y de mucho trabajo. Explica luego la manera de beneficiar los metales y de sellar y numerar las barras; y después de indicar que de Castrovirreina salen un camino para Ica, Pisco y Chíncha, y otro por la puna para Huamanga, prosigue en el de Huancavelica para el interior. Aquí encuentra tres lagunas hondísimas, cada una de más de una legua, que el viento alborota. Después había un ingenio de plata; y pasando junto a otra laguna, se llegaba a montañas tan altas y frías como las de Pariacaca y a unas ciénagas peligrosas. Vienen luego las Peñas de las Vizcachas, que son unos extensos prados donde andan los llamas del Rey que trajinan con los azogues. En tiempo de lluvia, estos pastales se convertían en grandes tremedales y pantanos.

Volviendo ahora al camino real, que dejó en las orillas del que sigue llamando Marañón (Mantaro), menciona un puente de piedra cerca del cual desemboca el río Huancavelica. Súbese una cuesta grande y se llega al tambo de Picois, encerrado entre altas montañas en cuyas laderas hay pueblos de indios, y desde el cual se distingue el río metido en tan profundos valles que con ser caudaloso parece muy pequeño; vienen luego las *Peñas de los frades*, delgadas y altas como del tamaño de un hombre. Aquí se juntaba el camino de Huancavelica. Y por cuestas y laderas pobladas de muchos lugares de indios se iba a parar al tambo de Parcos. Una cuesta de bajada de dos leguas y media conduce a una isla llamada de Huamanga, situada en el mismo río (Mantaro), y en la cual se hallan las minas de plomo. De aquí tuerce el río para Occidente. Al pie de la cuesta pasa un río que desemboca en este del Marañón (Mantaro). Hay en él un puente de criznejas, bien combado en el centro. Y para atravesarlo se descargaban las mulas y se llevaban las mercaderías en hombros de indios o negros, cuando la mucha agua impedía el vado. Sigue el tambo de Azángaro; y a la derecha queda el buen corregimiento de Huanta; pero si se pasa el río a vado, se va por Vinaque, que tiene muy lindas estancias y huertas de recreo de los señores de Huamanga.

Llégase por fin a Huamanga, ciudad distante setenta y ocho leguas de Lima, de clima templado, rica y de buen trato de mercaderes, con corregidor, obispo, monasterios de monjas y de las cuatro órdenes de frailes, casa de teatinos (jesuítas) y muchas de caballeros.

Saliendo de Huamanga por el camino real, se va entre lugares de indios a la estancia de Da. Teresa; y pasando cuestas y ríos pequeños, a la tierra altísima de Vilcas, población de indios, donde se ven reliquias de grandes edificios y las piedras más bien labradas y asentadas que se pueden hallar en el mundo. Era corregimiento que comprendía muchos lugares en su comarca. Bajando una gran cuesta se pasa el río de Uramarca, uno de los mayores del Perú. En tiempo de aguas, por ser intransitable el vado, se pasaba por un puente de criznejas. Dice que este

río entra en el Marañón. En sus orillas había muchos cañaverales de azúcar. De ellos se subía por estancias de ganados y entre lugares de indios al tambo de Uramarca y a Andahuaylas la Grande, situada en un valle famoso muy poblado de indios, con sembríos de trigo y maíz. Por estancias de ganados se llega al tambo de Pingos, y subiendo una gran cuesta al pueblo de Huancarama, donde se hacía alpargatas para todo el Perú; subiendo y bajando sierras y atravesando quebradas, se para en el tambo de Cochacasa. De aquí, entre maizales y trigales, baja una áspera cuesta de dos leguas al río de Abancay, con infinidad de cañaverales de azúcar y otros plantíos en su valle. Junto a éste hay una elevada montaña, cubierta de nieve, donde decían haber ricas minas de plata que no se labraban. A vista de muy altos montes y profundos valles, se pasa al pueblo de indios y tambo de Curahuasi, de donde se baja al soberbio río del Apurímac, que es el de mayor fuerza y corriente en el Perú. Advierte que el puente y la laja de él son dos pasos peligrosos en que poca gente puede defender el paso a mucha. Allí se levantan peñas elevadísimas, tajadas y lisas como una alta muralla, y hay monte que tiene cuatro leguas de alturas. A esta profunda quebrada se descende por una escalera de más de cuatrocientos pasos y en cada escalón puede descansar la cabalgadura. El paso es angosto. De la parte del río hay una pared que impide que caigan las personas y las bestias. La otra banda es de montañas y bosques altísimos, "tierra que no pueden gentes andar por ella, por su aspereza y muchas lajas y despeñaderos que tiene. De aquí por el camino de los Incas, iban éstos a holgar en una quebrada cuatro leguas más abajo de esta laja; allí hay oro en gruesas pepitas, y ha habido hombres que a nado han ido y las han traído, tan grandes como una nuez".

Habiase intentado construir sobre el Apurímac un puente de piedra, y como en un lado no había como hacer estribo, pensaron desviar el río rompiendo una montañuela, pero lo recio de las peñas hizo desistir del intento. El puente era como hoy, de tablas, y temblaba mucho al paso de las recuas, que lo atravesaban descargadas, yendo las mulas de una en una. Para los riesgos de este paso y otros semejantes se aseguraban las mercaderías en Lima, y los dueños de recuas se obligaban a pasar los fardos a hombros de indios o de esclavos negros. Para cada 10 mulas había un indio o negro cuidador, y muchas recuas eran de 70 a 80 bestias. Al cuidado del puente había un alcalde, y entonces lo era un flamenco.

Pasando el Apurímac se dejaba a un lado la fragosísima provincia de Aimaraes, y hacia el Norte la de Vilcabamba con minas de plata pobres, que daban 500 barras al año. Por todas estas tierras y las ya descritas viajaban muchísimos comerciantes españoles llamados mercachifles, que solían llevar cargas de ropa hasta por el precio de 40.000 pesos. Los corregidores no les permitían vivir de asiento en esos lugares, por los malos tratamientos que daban a los indios.

Después del puente del Apurímac, se iba a un tambo próximo. Por las alturas quedaban Mollepata y otros lugares. El camino seguía a Limatambo, a nueve leguas del Cuzco y con grandes señales de suntuosos edificios de los Incas; y a Sisíjana (Jaquijahuana), poblado de indios, y en que principia la tierra llana con buenos pastos y trigales. De aquí se llegaba en una jornada al Cuzco. Todo el camino desde Lima es de ciento y cuarenta leguas por altas montañas, profundos valles, cuestras y despeñaderos, pero limpio y bien cuidado por el mucho trajín que había de gentes y recuas.

Descripción del Cuzco

Es breve y poco importante. Menciona la Fortaleza (de Sacsayhuamán), a la que se sube por una cuesta bien áspera y que tiene tres murallas cada una de tres piedras superpuestas; dentro de ella no había casa ninguna. Las torres y puertas todas de una piedra de diez varas castellanas de altura. Junto a la Fortaleza vió la Piedra Cansada, que decían traída desde Quito; las dos lajas muy grandes y lisas en que por pasatiempo se dejaban resbalar los cuzqueños (el Rodadero); y al pie una cueva profunda, de la que contaban muchas cosas. Debajo de la Fortaleza, o sea a las faldas de ella, señala los vestigios de los palacios incaicos, y observa que "no tienen la gentileza de otras obras antiguas". En las ruinas del Templo del Sol (Santo Domingo) midió veinticinco palmos de altura en las paredes de lindas piedras, que a menudo quebraban por curiosidad o codicia, y descubrían que sus cimientos eran de fina plata. Halla este convento famoso y rico, y encuentra en las calles del Cuzco muchas paredes semejantes a las de él.

Cuzco tenía 3.000 vecinos españoles y 10.000 indios, distribuidos estos últimos en cuatro parroquias y con hospital propio y rico. El corregidor, nombrado directamente por el Rey, era siempre un caballero de gran casa y renombre. Percibía 6.000 pesos al año. Las rentas del obispo, menoscabadas por la erección de la nueva Sede de Huamanga, eran todavía de 20.000 pesos anuales. Había en la ciudad ricos conventos de frailes de cuatro órdenes y de monjas, una opulenta casa de teatinos y un buen hospital de españoles.

Le parecen muy grandes las dos plazas principales y admira sus portales y tiendas y las fachadas de las casas que salían a aquellas. De una plaza a otra, sobre el pequeño río Huatany, va a la *calle de enmedio*, llena de muy ricas tiendas. En la calle de los Plateros se veían en abundancia joyas y aderezos de oro y plata labrada. En el centro de las dos plazas estaban los dos mercados o *tiangués*, donde indios e indias vendían piezas de plata, guantes de seda con oro para las mujeres, coca, charqui y otros comestibles y artículos de la tierra. En la parte de Oriente de la primera plaza señala la Iglesia Mayor y la casa de los teatinos, y por este barrio los monasterios de dominicos y franciscos. De la parte de Occidente el de mercenarios, la cárcel de la ciudad, las casas del

corregidor y del Cabildo, y todos los escritorios de los escribanos. Re-para en las muy buenas fuentes de agua que había por toda la ciudad; y en las ricas casas de caballeros, de que había muchos que eran señores de indios con buena renta. En suma, "después de Lima, es la mejor ciudad del Perú".

Comprendía en su distrito de ocho a diez corregimientos proveídos por el Virrey, y los había que en tres años daban de provecho 100.000 pesos. Se entusiasma con la belleza y fertilidad de los valles comarcanos, especialmente el de Yucay, abundantísimo en cañas de azúcar (probablemente como hoy, sólo en su parte más baja, al entrar en el Urubamba en la actual provincia de la Convención), y en frutas de muy diversas especies y particularmente en membrillos, duraznos, melocotones y peras. De todas estas frutas se hacían conservas que iban a Potosí y otras partes. Valían en el lugar de 40 a 48 reales por 25 libras de a 16 onzas. Había también muchos alfalfares con cantidad de ganado vacuno. Atraídos por tanta abundancia, recorrían estos distritos bastantes mercaderes, y no escaseaban los soldados jugadores y fulleros que despojaban en los tambos a los caminantes. Sólo el vino era caro en las comarcas del Cuzco, porque lo traían desde Los Llanos de la costa, aunque hay siempre uvas en algunas partes cercanas al Cuzco, porque consiente cogerlas la variedad del temple de las tierras. Hacía quince años que había dado el Rey este valle con título de marquesado de Oropesa de Yucay a un caballero que casó con la Coya, que es señora de casta de los Incas. (Se refiere al título que concedió D. Felipe III a Da. Ana Coya de Loyola, hija de Martín García de Loyola y de la Coya Da. Beatriz, y mujer de D. Juan Henríquez y Borja, de la casa de los Alcañices.)

Camino del Cuzco a Potosí

Son ciento sesenta leguas de camino llano y tierra muy poblada, que se llama el Collao, con muchos ganados y pastos y grandes manadas de huanacos cargados de coca.

Habla con alguna extensión de las ruinas indias y del carácter de los naturales al tratar de la localidad que domina (*sic*) las Sepulturas (sin duda Tiahuanaco) "donde ha las mas famosas antigallas y edificios que se halla en todo el Peru; piedras de tanta grandeza y tan bien labradas que exceden a todo encarecimiento en lindeza. Si los indios hubieran sabido el arte nuestro de arquitectura y puentes, habrian aventajado a todas las naciones del mundo por lo que se ve en sus obras. Eran curiosos y de gran ingenio, como se echa de ver por estas fábricas antiguas; pero agora con la comunicacion de los españoles y con el mal tratamiento que les hacen, están muy acabados y abatidos; y con el gobierno que tienen agora tan diferente del que solian tener antiguamente... Nunca tienen buena voluntad de los españoles que les cogen cuanto pueden haber y ganar; y el trabajo de las minas es lo que más les consume. Aman y respetan a sus caciques, que hay todavía muchos ricos y poderosos".

Menciona las minas de oro de Carabaya, entre montañas altísimas, hacia la parte de los Andes, a cuarenta leguas del Cuzco. Su metal tiene 23 quilates y medio, o lo que es lo mismo, uno más de la ley. Sacábanse de allí pepitas de oro del tamaño de simientes de rábanos, y otras como garbanzos y avellanas. A este propósito explica la manera cómo beneficiaban el oro. Dice que la mayor parte de él pasaba sin quintar ni pagar derechos; y que en todos los ríos de la montaña se encontraba oro *volador*, o sea menudo, de 22 quilates. Describe la gran laguna (el Titicaca), de ochenta leguas de cumplido y treinta de largo, con muchos ríos que le entran, y sin más desagadero que el de Zepita, al cual no se le halla fondo y que se atraviesa por un puente de palo. Había pescadores que cogían en el lago hasta 300.000 peces, los cuales salaban, haciéndose con ellos activo comercio en el Cuzco, Potosí y otros puntos. A orillas del lago había muchos y muy poblados (*lugares de ?*) indios; el principal de ellos era Chucuito, con numerosos vecinos españoles, cuyas Cajas Reales guardaban siempre 100.000 pesos, y cuyo Gobernador, nombrado por el Rey, tenía 10.000 pesos ensayados de renta y 40.000 de provechos anuales, y era constantemente un gentilhombre de la Casa Real. Después de Chucuito, venía en importancia Juli, con 30.000 indios, "y tienen aquí los Jesuitas tres dotrinas, que no saben las riquezas que tienen". Pomata era también rico lugar. Los mercaderes que traficaban por estas regiones obtenían grandes ganancias.

Sin seguir ya el orden del camino, cita los lugares más florecientes del alto Perú, como eran Chuquiabo (La Paz), ciudad buena y próspera, con obispo y bastantes españoles; La Plata (Chuquisaca, actual Sucre), cabeza de Los Charcas, con Presidente, Audiencia Real y conventos de todas las órdenes de frailes; Oruro, con minas de plata que daban al año 3.000 barras selladas; los valles de Pitantora y Cochabamba, de donde se llevaban a Potosí muchos artículos de sustento y regalo; Copacabana, santuario devotísimo; Berengela, con buenas minas de plata y una sierra de doce leguas de piedra imán; Porco, de donde todos los años se extraía cantidad de plata fina; Tarija, que era corregimiento, y Santa Cruz, gobernación fronteriza de indios de guerra. Con esto pasa a describir el famoso asiento de Potosí.

La villa y minas de Potosí

"Potosí, Villa Imperial, la mas feliz y dichosa de cuantas se sabe en el mundo por sus riquezas, tiene vecindad de 4.000 casas de españoles, parte mineros, parte mercaderes traficantes por todo el Reino en mercaderías, cosas de comer y candelas de sebo para las minas". Pululaban en la villa los bravos, jugadores de profesión y demás gente maleante. En los alrededores, y en casas de paja, moraban más de 40.000 indios mitayos, que todos los meses, conducidos por sus alcaldes, acudían de sus diversas provincias o ayllos, algunos de más de cincuenta leguas de camino. Manteníase gran comercio de toda especie con Lima y México

y Sevilla; y volvíanse a vivir a España muchos hombres riquísimos con el laboreo de las minas o el trato mercantil de la ciudad. El corregidor, que era reputado el primero entre todos los del Reino, tenía 10.000 pesos ensayados de renta cada año (fuera de los provechos indudablemente). El temple es en extremo frío y los campos en contorno estériles. El Cerro está a un cuarto de legua de la villa. Su hechura es a modo de un pan de azúcar o una campana. Tiene dos leguas de subida, y por lo más alto están las bocas de las minas. Por aquí bajaban los indios, por escaleras muy anchas hechas de fuertes vigas y los escalones de cueros de vacas, tan firmes y seguros que no se rompían por más trabajo que sustentasen. Tenían sus repartimientos a manera de plazas, con grandes arcos y bóvedas de piedra y gruesas maderas. Hacían estos reparos unos debajo de otros, y así se mantenía todo el peso de aquel alto Cerro, que estaba agujereado por todos lados. Había más de 400 dueños de vetas, y algunos hacían trabajar diariamente 4.000 indios. Los señores de las minas tenían mayordomos que entendían en reparar lo que fuere necesario y en mandar y vigilar a los indios. Ganaban de salario más de 500 pesos al año, sin contar otros provechos. Los indios bajaban a las minas llevando en una mano la candela encendida, apoyándose con la otra en las escaleras y teniendo a espaldas el zurrón de cuero para depositar los metales. Cada uno seguía la veta de su amo; y con frecuencia se atoraban en ellas y había que ayudarlos a salir. Al acabar el trabajo sacaban en el zurrón o quipe un quintal de metales, por término medio, del cual se aprovechaban, cuando menos, 4 onzas y a veces más de 4 marcos. Los ingenios estaban en la Via Tarapea, a una legua de la Villa. "Aquí están las mejores máquinas y artificios que en el mundo nunca se han feito". En la Fundición Real se hacían cada año de 6.000 a 7.000 barras de a 1.000 pesos cada una, y a más gran suma de reales y mucha vajilla.

Camino de Buenos Aires

Da noticias algo detalladas de las malas o nulas condiciones de defensa en que se hallaba la ciudad de Buenos Aires, como si tuviera en mira alentar para un desembarco en ella. Observa cuidadosamente que los navíos no pueden llegar hasta la orilla, sino que se quedan a distancia de un tiro de mosquete. En las casas del Gobernador, tan próximas al río que casi batía el agua en ellas, advierte que hay un torreón pequeño con cuatro ligeros cañones, pero que fuera de esto no hay ninguna otra parte en donde haya obras militares de defensivas. "Para querer entrar en la ciudad, por cualquiera parte del río pueden echar gente en tierra, en barcos o lanchas, porque el río corre muy manso por todas partes y no tiene bosque ni montes". La ciudad tenía tres conventos de frailes y teatinos (jesuítas), cada uno hasta con doce religiosos; y 400 vecinos españoles, algunos muy ricos de dineros. Nota lo llano de la tierra, su fertilidad en trigo y frutas, y su grande abundancia de carne,

“porque son tantos los bueyes y vacas, que no tienen dueño”. Escaseaban los indios, y los pocos que existían eran muy enemigos de los españoles.

El camino de Buenos Aires a Córdoba era todo despoblado, y por ser tan llano lo andaban los pasajeros en carros tirados por bueyes. Encontrábase agua cada seis leguas, y en estos puntos se hacían las dormidas; pero indica, con prevención de espía militar, “no es agua bastante para mucha gente, aunque se pueden abrir pozos y sacar agua de ellos”. En las doscientas leguas de camino que calcula de Buenos Aires a Córdoba, no había más que dos estancias de ganado; pero en todo el trayecto vagaban por los grandes pastales infinita cantidad de caballos, yeguas, toros y vacas sin dueño.

La ciudad de Córdoba de Tucumán contaba hasta 500 casas de españoles, “y no tiene ninguna defensa, ni saben por aquella tierra lo que es pieza de artillería”. De aquí se caminaban sesenta leguas por tierra toda llana y sin montes, para llegar a Santiago del Estero, ciudad de 400 vecinos, bañada por un apacible río, y acerca de la cual repite con significativa insistencia la observación de que tampoco tiene defensa militar alguna. Desviados del camino real había por estos puntos muchos lugares de indios. Pasábase a otra ciudad, llamada Esteco, distante de Santiago ochenta leguas. En su comarca se encontraban algunos lugarejos de indios, gran cantidad de ganado y perdices, se cogía mucho maíz y trigo, y se hacía algún vino.

A cuarenta leguas de Esteco pone el lugar de Gogoi (Jujuy), y al cabo de este camino otro al cual no da nombre, pero del que dice que es tierra muy fría. Repite que todas las llanadas recorridas tienen mucha y muy alta hierba e infinito ganado, y advierte que se comunican con el Estrecho de Magallanes.

Viaje de Chile al Perú

Después de una breve e insignificante descripción de Chile (en la que apenas hemos encontrado dato que merezca retenerse, fuera de algunas noticias de comercio que ya hemos utilizado en otros pasajes de nuestro extracto), va enumerando los puertos y provincias de la costa que se extienden de Chile hacia el Callao. Observa que esta navegación se hace siempre viento en popa, porque reina de continuo el Sur. De Arica dice que como puerto el más próximo de Oruro y Potosí, era centro muy importante de su comercio con Lima, y considerable villa de españoles. Halla el puerto muy bueno y seguro, y el morro muy alto. El corregidor, que como nombrado por el Rey duraba seis años, era siempre un gran caballero.

Pasa después a tratar de la ciudad de Arequipa, que era corregimiento y obispado y que tenía monasterio de las cuatro órdenes mendicantes de monjas y de teatinos, “que siempre estos buscan las buenas tierras”, agrega preocupado siempre que sus odios religiosos. La comar-

ca producía mucho y muy buen vino, del que se hacía gran consumo en Lima y toda la Sierra. A propósito de la erupción volcánica del año 1600, cuenta la especie, harto sospechosa, de que hasta en Lima se oían los estampidos y truenos, y de que los limeños creyeron que eran los cañonazos de la escuadra de D. Beltrán de la Cueva contra el navío inglés que por aquel tiempo capturó. Moquegua en valle fértil y deleitoso y con puerto cómodo a doce leguas de su población, mantenía igualmente gran comercio de vinos que enviaba por todo el Perú y la costa arriba hasta México, en botijas y tinajas embreadas.

Prosiguiendo el derrotero hacia el Callao, y pasando por alto algunos lugares de poco nombre, se detiene en ponderar la excelencia de las viñas de Nasca y Villacurim cuyos vinos, pasas e higos secos competían con los mejores de España. Pero donde más se explaya es al tratar de la villa de Ica o Valverde, que fué su lugar de predilección entre todos los del Perú. No se cansa de encarecer los encantos de su valle, cuya única falta era escasez de agua del río, que no bastaba para regar todos sus terrenos, en la extensión de seis leguas que alcanzan, por lo cual dejaban de cultivarse muchos fertilísimos. Cogíanse hasta 500.000 botijas de vino anuales, de arroba cada una. El vino, preciadísimo en el Perú y aún en toda la América, era blanco. Hacíase igualmente mucha pasa. Dice el autor que las viñas eran las mejores y más bien trazadas que había visto en el mundo; y por propia experiencia certificaba que guardadas sus uvas algunos días variaban de sabor, para tomar el de otras frutas, como guindas y moras. Los propietarios tenían en sus viñas buenas casas y lagares, con provisión de muchas herramientas y todo lo necesario para el beneficio de los vinos, y numerosos negros esclavos. Los indios de los lugares de San Juan y San Martín y otros diseminados por toda la campiña, conservaban tierras en las cuales habían plantado viñedos de menor extensión que los de los españoles, a los que por esta causa se les llamaba pegujales. La población de Ica, con corregidor provisto por el Rey, alguacil mayor y otros ministros de justicia, contaba 500 casas de españoles y tres monasterios de frailes, Iglesia Mayor, hospitales de españoles y de Indios, gran cantidad de negros, y muy ricas y bien surtidas tiendas de mercaderes, entre los que no faltaban algunos extranjeros. La gente del vecindario era gallarda y se trataba con mucho rumbo y regalo; y las mujeres eran, a lo menos en la decidida opinión de nuestro portugués, las más hermosas y mejor parecidas del Perú.

Habitación y vestidos de los indios costeños

Aquí la vagabunda y desordenada pluma del portugués intercala una digresión sobre las costumbres, casas y modo de vestir de los indios en Los Llanos. Salvo algunos ricos de entre ellos, que construían las casas de paredones de adobe, vivían en ranchos hechos de cañas bravas atadas con cordeles; y cuando les convenía o les venía en gana, las deshacían fá-

cilmente, y por su mucha levedad las mudaban en un momento a otras partes, llevándolas a cuesta. Todos, tanto los pobres como los acomodados, que a veces guardaban muy buenos dineros, no tenían más camas que unas esteras, sin usar nunca colchones, y de enseres alguna mala olla, mates de calabaza y unos *queros* hechos de palo, en que bebían. Vestían a menudo una camiseta de algodón, un calzón de paño de calor, y por capa una manta de algodón también de varios colores. A esta llamaban *ropa de borrachera*. Otras veces vestían una ropa llana, de algodón morado, o leonada, y los indios nobles y principales usaban a la española ricos terciopelos y aun telas de oro. Las indias principales, mujeres de caciques y otras acomodadas, que en Los Llanos vivían entre los españoles, vestían lujosamente, y cuando menos llevaban faldellines de paños azul y verde, grana tñanete de Milán y rajadas de color de Florencia. Las *Ilicllias* o mantas con que se cubrían eran de raso y damasco y telas de oro. Traían muchas patemas grandes de plata, y las ponían redondas como un real de a 8 y con un pie de largo sobre los pechos. Trenzábanse los cabellos, y colocábanse sobre la cabeza un lienzo suelto de cambrey con puntas blancas. Con todos estos adornos, las encuentra el portugués muy feas y chicas. Otras, pobres o más modestas, se contentaban con *anacos* de paño o de algodón y *Ilicllias* de lo mismo, sin camisa ni calzado, el cabello suelto, y por único atavío “unos conquetes grandes de plata”.

Si las indias parecen a nuestro autor de muy desgraciado y ruin aspecto, halla mucho peores a los indios de color amulatado y con caras de monos. Algunos caciques viejos e indios nobles le producen, no obstante, alguna impresión de respeto, por su calidad y mucha edad. De sus lenguas, dice que son muy diversas, pero que la general (quechua) es graciosa y fácil de entender.

Camino de Ica a Lima

Después de recordar que a cuatro leguas de Ica, en el valle de Tinges, sin lluvias, río ni agua visible, se producen magníficos garbanzos, grandes melones, otras muchas frutas, maíz y vinos, y que por el lado de Córdoba va a Lucanas y al Cuzco un camino muy transitado por largas recuas, describe el itinerario de Ica a Lima por el camino real de Los Llanos.

Al salir de Ica hay muchos guarangales, y luego dilatadas arenas, peligrosas porque en ellas suelen perderse los viajeros. Nota el fenómeno de que en ciertos prados del trayecto hay agua y ciénagas cuando el río viene menguado, y sequedad casi completa en tiempo de creciente. En las once hoyas de Villacuri, llenas de viñas e higueras, le admira que los plantíos y árboles situados al lado de Oriente produzcan durante seis meses, y que en los seis den frutos los colocados al lado del Poniente.

Con esto se llega a Pisco, de buen fondeadero, pero alborotado por

las tardes con el recio viento de tierra que se llama *paracas*. La costa es rasa y limpia. A orillas del mar estaban las bodegas para los vinos y demás mercaderías. La villa, abierta y sin defensa, a media legua de distancia de la playa, tenía 400 pobladores españoles y muchos indios y negros. Gobernábala un teniente del corregidor de Ica. En sus afueras se alzaba un convento de franciscanos descalzos. El inmediato valle de Córdor, con río caudaloso, buenas casas de campo y espaciosas bodegas, producía mucho trigo y vino más fuerte que el de Ica. Su ancho, de Occidente a Oriente, es de cuatro leguas hasta el pueblo de Humay, subida para la Sierra. El camino que iba a las minas de plata de Chococolocha, ya mencionadas en otro lugar y distantes veintiséis leguas de Pisco, pasaba por la estancia de Pauranga, abundantísima de ganado.

De Pisco, siguiendo la costa, se pasa a Chincha, a donde traen los azogues de Huancavelica a lomo de carneros (llamas) para embarcarlos con destino a Arica, puerto de Potosí. El valle de Chincha, con buenos campos de trigo y maíz, estaban llenos, (*sic*) lo mismo que los demás llanos y faldas de las sierras, de grandes ruinas destechadas del tiempo de los incas, y de grandes sepulturas o huacas con momias de indios.

En el valle de Cañete, muy fértil, había, junto al río caudaloso que lo baña, tierras baldías que en otro tiempo se cultivaron, pero el ímpetu del río rompió en una ocasión la acequia que servía para regarlas. Calculábase, por su extensión y buena calidad, que si volvieran a tener agua, bastarían a alimentar Lima; "mas por el poco saber y flojedad de esta gente no se adereza la acequia". Cañete era villa de 300 vecinos españoles, y de gran número de indios y negros. Aquí cuenta cierto asesinato que los indios ejecutaron en un mercader de Lima, por robarlo, y que ellos mismos descubrieron al lucir en una fiesta la espada del corregidor que habían encontrado en el equipaje y cargas de la víctima. Con esto observa que los indios, a pesar de su timidez y exterior apocado, son peligrosos, porque saben muy bien robar y matar a traición. A poca distancia de Cañete, subiendo del lado de la Sierra, está el fértil y lindo aunque reducido valle de Hunahuaná, (*sic*) que proveía a Lima de la mejor fruta. Había en él pocos españoles, pero sí varios lugares de indios.

A media legua de Cañete, saliendo para Lima, en unas rocas junto al puerto, le llaman la atención las ruinas de un antiguo castillo indígena. El camino real continuaba por la playa, tocando en el tambo de Asia, en el valle y lugar de Mala, en que había estancias y chácaras pertenecientes a caballeros de Lima, en Chilca, población de indios, donde se criaban sin riego pepinos dulces y donde usaban abonar los plantíos de maíz metiendo la semilla en la cabeza de una anchoveta, que es pescado pequeño muy abundante en el lugar; y por fin en Pachacámac, ya descrito, al hablar de los alrededores de Lima y del principio del camino real del Cuzco.

Con esto da por terminada su cosmografía y relación del Perú, declarándolo así expresamente; y a continuación, a manera de apéndices, pone un breve capítulo sobre el comercio y la navegación de Lima, en que repite, con algunas explicaciones y ampliaciones, datos mercantiles que ya conocemos y hemos consignado; y por fin, breves descripciones de Panamá y las comarcas de Tierrafirme, Cartagena y La Habana, seguidas de la detallada Memoria sobre las mercaderías que no se producen en el Perú y que en él se consumen, explicando la mejor manera de acomodarlas y envasarlas para que no reciban daño en la navegación.

Tal es, en descolorido, extracto, la relación del portugués anónimo. Muy de desear es que se publique íntegra y seguida de aquella Memoria de las mercancías extranjeras que se importaban entonces al Perú, la cual acabamos de mencionar y que es tan interesante para la historia económica de las Indias.

Escrita la relación, como por algunas citas se habrá observado, en estilo incorrectísimo y a trechos confuso, en una verdadera algarabía lusitano-castellana; inspirada en sus apreciaciones sobre el gobierno de la colonia y carácter de sus habitantes por un criterio acerbo y mordaz, como es al cabo criterio de enemigo y perseguido; sobrado sucinta en algunos capítulos y particularidades, y nimia en otras, constituye con todo un curiosísimo e importantísimo documento histórico, una completa evocación de la Lima y el Perú de los tiempos de Felipe III, la más viva pintura de la sociedad criolla a principios del siglo XVII, vista con los penetrantes ojos, el despejado y minucioso ingenio y la agudeza mercantil propia del observador judío. Y si algunas veces dijo males de los pobladores, a lo menos sintió profundamente los encantos y hermosuras de nuestras comarcas, y supo recordar con piadosa nostalgia de desterrado, los variados hechizos de sus climas y paisajes y fijar por escrito los fugitivos aspectos de sus pintorescas costumbres; por todo lo cual bien podemos quedarle reconocidos en fin de cuentas, perdonándole (atendiendo a las molestias y amenazas que debieron rodearlo y obligarlo a expatriarse de su tierra de elección) su tarea de espionaje, que resultó ineficaz para sus propósitos de venganza, y las murmuraciones y detracciones que trae contra nuestros predecesores y antepasados *.

* En 1944, la *Revista del Archivo Histórico del Perú* (Tomo XVII, págs. 3 a 44), publicó una glosa sin firma, de la *Descripción anónima del Perú y de Lima compuesta por un judío portugués y dirigida a los estados de Holanda*. Rectificando al comentarista, cuando manifiesta que, el manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París, no había sido utilizado por nadie antes que por él, en Nota de la Redacción se recordaba, el trabajo que diez años antes, había escrito Riva-Agüero —que aquí reproducimos— y la parte copiada por el P. Vargas Ugarte, en el volumen de *Manuscritos Peruanos en la Bibliotecas del Extranjero*.—Lima, 1935. En esta obra se inserta parte del texto, en págs. 39 a 67, con una breve explicación y algunas notas.—M. M.